

NUESTRA IDENTIDAD Y MISIÓN

Fernando Montes, SJ

Seminario AUSJAL sobre Identidad, Espiritualidad y Universidad

Universidades Mexicanas

Universidad Iberoamericana, Ciudad de México

Septiembre 2005

El Chile de 1973 era un país en conmoción. Eran los últimos tiempos del gobierno de Allende. Huelgas, piedras y paros; era un temible caos, y el Provincial me pidió, recién vuelto a mi patria desde Europa, que fuera Maestro de novicios.

Era una circunstancia dolorosa y muy dura la de la Compañía de Jesús. Después de 120 años en Chile habíamos cerrado el noviciado. Se habían ido el Maestro de novicios y con él todos sus discípulos. Me pedían montar nuevamente la casa de formación. Reinaba un cierto pesimismo. Supimos entonces que iban a entrar unos muchachos. Yo lleno de ilusión preparaba lo que iba a decirles. En esas circunstancias le conté a un hermano viejo, un santo viejo que iban a entrar 5 novicios. El único comentario que me hizo fue: ¡ya se saldrán!

Cualquiera comienza una obra así.

Entonces experimenté algo muy claramente: a mí me educaron en la Compañía, me enseñaron y me formaron, pero yo no podía usar el mismo método con los que venían. Los métodos que habían usado conmigo habían significado que la mayoría de mis compañeros no fueran capaces de resistir los cambios que llegaron con el Concilio y con los nuevos aires que soplaban por el mundo.

De alguna manera, se trataba de salvar el alma, el carisma y renovar los métodos. ¡Angustioso... de verdad desafiante y angustioso!, ¡Me sentí con mucha soledad! Por eso yo me volví a San Ignacio. Leí su autobiografía, las Constituciones de la Compañía de Jesús, y prácticamente sus 7.000 cartas, tratando de detectar dónde estaban las claves que permitieron a ese hombre generar una pedagogía. ¿Cuál era su espiritualidad?

La espiritualidad es el ángulo desde el cual uno lee el Evangelio, las cosas que uno acentúa y también aquellas a las que uno da menos importancia. Los Franciscanos acentúan la pobreza, los Jesuitas acentuamos otras cosas en la infinita riqueza de la enseñanza de Jesús. Todos nos acercamos desde una particular perspectiva al Evangelio. San Ignacio, en un momento turbulento del mundo y de la Iglesia, se acercó desde un ángulo específico al Señor y generó una Espiritualidad que es la base de toda su obra y de su pedagogía. Por eso parte de lo que hoy voy a compartir con Uds. es precisamente ese método, esas claves, En esa espiritualidad, en ese modo específico de leer el evangelio se encuentra el secreto que no debería faltar en el medio de los cambios radicales en que nos toca vivir.

Más tarde me encontré ante un nuevo desafío. Siendo Provincial de la Compañía de Jesús en Chile, hace poco más de 25 años, experimentamos la necesidad de recuperar el alma de nuestros Colegios. Necesitábamos darles identidad, porque poco a poco nuestras instituciones educacionales se habían hecho como otros liceos. Ellas seguían los planes y programas del Ministerio de Educación. ¿Cómo darles un alma?

Nos reunimos con todos mis colaboradores para desentrañar dónde estaba lo esencial, aquello que tenía sentido para nosotros o mejor que nos daba sentido. Todos comenzamos diciendo que la *Ratio Studiorum*, el documento que había dirigido por siglos la educación de la Compañía era estupenda. Pero ninguno de nosotros la había leído y sinceramente no nos inspiraba para nada. Esa era la verdad. Entonces ¿qué hacer para generar un alma, para compartir algo que fuera lo esencial de San Ignacio y fuente de inspiración para nosotros? Pasaron los años y parte de esas semillas que sembramos y de esos sueños, entraron en los documentos que hoy día están en la Compañía Universal que orientan y que son, en cierto modo, la nueva *Ratio Studiorum*.

Para comenzar nuestro trabajo yo recordé al Padre Nadal, ese gran colaborador de San Ignacio que comprendió como nadie a su maestro. Ese gran catalán decía que “conocer la vida de Ignacio era fundar la Compañía”. Por eso, él presionó al Santo y le pidió y le suplicó que contara su vida. San Ignacio, a pedido de su discípulo, dictó su autobiografía.

Sin embargo, aunque parezca extraño, la vida de San Ignacio ha sido mal conocida y ciertamente, a menudo mal interpretada. De hecho la autobiografía que Ignacio dictó fue retirada como peligrosa de las bibliotecas de los jesuitas y permaneció desconocida para sus hijos por casi tres siglos.

En nuestras actuales circunstancias, deseando reformular lo esencial de nuestra identidad yo repetiría el consejo de Nadal: conocer la vida de Ignacio y contar las experiencias que él vivió y cómo procesó esas experiencias. Nuestro fundador vivió en circunstancias muy parecidas (cambiando lo que hay que cambiar), a las nuestras.

EL CAMBIO DE UNA ÉPOCA

Ustedes saben que la historia transcurre como un río pero hay momentos en que esa marcha parece detenerse y cambiar de rumbos. Una serie de hechos se acumulan y obligan a cambiar el curso de la marcha. Se produce un cambio de época. Los valores, los símbolos, la cultura, que han ido orientando esa historia ya no sirven. Hermann Hesse, en *El Lobo Estepario* dice que nada hay más dramático que cuando dos culturas, dos épocas se traslapan porque se nublan las seguridades y casi todo se hace incierto. Todo lo que ha orientado el caminar se oscurece y todavía no se abre el porvenir.

A San Ignacio le toca vivir precisamente un cambio de época, el morir de la edad media y los albores del renacimiento. El nace al final del S. XV, unos años antes se había inventado la imprenta y eso cambió toda la manera de transmitir los conocimientos. En

el siglo XV la mayoría de los Reyes de Europa no sabía leer. La lectura era una cosa de Monjes y de eruditos y la imprenta viene a cambiarlo todo. Eso permitió el desarrollo de las ciencias que en ese tiempo empezó a cambiar la comprensión del universo. En ese mismo tiempo Copérnico introdujo la revolución heliocéntrica.

Cuando nace San Ignacio, Colón descubre América y los navegantes españoles y portugueses adentrándose en los mares encontraron los caminos de la India, del Japón y volvieron a Europa con sus naves cargadas de especias y de horizontes amplios y de nuevas culturas. El cambio fue tan grande que se quebró literalmente Europa y la Iglesia se dividió. Ellas no fueron capaces de resistir ese cambio de época. Es interesante saber que en la pieza donde Ignacio convaleció de su enfermedad en Loyola, se descubrió hace poco, dibujada en la pared una carabela, un barco de esos tiempos, que hace pensar que los habitantes de esa torre solariega perdida entre montañas soñaban en lejanías y en mundos nuevos.

A nosotros nos toca vivir algo muy parecido. Perdonen que yo cuente un ejemplo familiar. Cuando yo despedí a mi padre, que murió de cerca de 90 años, yo tomé conciencia que a ese hombre le había tocado también vivir precisamente un cambio de época. A él le tocó ver llegar a Chile la electricidad, el primer auto, el primer avión, el refrigerador o hielera, le tocó ver llegar la radio (desde la simple radio galena hasta los sofisticados aparatos con transistores). Una sola y misma persona vio llegar la computación y presencié en la televisión la llegada del primer hombre a la luna. En verdad es demasiado para una vida humana. En una sola existencia, en una generación, se habían producido más cambios que todos los que la humanidad había experimentado en su historia. Eso quiebra cualquier alma, quiebra cualquier cultura.

Fue esa, de alguna manera, la experiencia de Ignacio. Se le quebró su mundo. En su tiempo se produjo la primera globalización porque los barcos por primera vez salían de la estrechez del mediterráneo y navegaban por los mares dando vueltas a la tierra. Cuando nuestro fundador murió los jesuitas estaban en Japón, en la India y en Brasil. Ellos debían aprender a predicar el evangelio en lenguas extrañas y vivir en medio de las más novedosas civilizaciones.

Este formador de hombres tuvo entonces que releer el evangelio de Jesús en tiempos de cambio, releerlo a partir de un mundo nuevo que era necesario enfrentar y crear. Él debió hacer una nueva hermenéutica, una nueva interpretación de la enseñanza de Jesucristo y formular una espiritualidad de discernimiento que le permitiera interpretar los signos de su tiempo. Tuvo que asumir lo provisorio y esto no es fácil porque al ser humano le cuesta mucho lo provisorio.

Yo recuerdo a una religiosa después del Concilio cuando volví a Chile que viendo desesperada los cambios de su congregación me decía: “Padre, ¿por favor que se acaben los cambios, que nos digan qué tenemos que hacer y, los que no quieran se vayan!” No entendía nada, estábamos recién comenzando.

Yo compadezco al papá de un adolescente, hoy día, porque todos los valores que teníamos con claridad total y los métodos pedagógicos se nos han nublado. Nos ha sucedido a los seres humanos que vamos caminando lo que les sucede a las hormigas cuando alguien les rompe la fila que las lleva al hormiguero. Un gran manotazo nos ha borrado la senda y cuesta mucho que la caravana vuelva a rehacerse. Marcela Serrano en su novela *Antigua vida mía*, dice que “nos habíamos aprendido de memoria todas las respuestas y nos cambiaron las preguntas”.

San Ignacio vivió en su vida tremendos quiebres y fue pasando y aprendiendo de esos quiebres y de esos cambios, el camino nuevo y abriéndose a la esperanza. Esto es apasionante, y es eso lo que nos propone San Ignacio.

LA HUELLA DE IGNACIO

Permítanme contarles brevemente la vida de Ignacio. Iremos descubriendo cómo fue superando los fracasos y fue aprendiendo en cada etapa lo que era necesario hacer para avanzar. Cada paso le dejó una enseñanza imborrable.

Nació en el medio de un nudo de montañas en el País Vasco en el seno de una familia campesina noble. Era el décimo tercer hijo y prácticamente no conoció a su madre. Su primer desgarrón fue partir a la Corte de Castilla donde lo manda su padre a vivir con el Contador del Reino, el Ministro de Hacienda, el Ministro de Economía. Era una pequeña Corte dentro de la Corte de España. Ahí vive San Ignacio su adolescencia dejando atrás sus aires campesinos, su vida de Loyola para acomodarse al mundo cortesano. Nuestro fundador, contra lo que la leyenda dice, nunca fue un militar. Fue un hombre de corte, un cortesano con alma caballeresca. Esa experiencia se quebró de un modo brusco y dramático. El Padre Aldama, uno de los mejores biógrafos de Ignacio, dice que su conversión probablemente comienza cuando este hombre lleno de lealtad, de sueños caballerescos, ve que la persona que era su maestro, su patrón, su nuevo padre, Velázquez de Cuéllar, cae en desgracia. Ignacio tiene que irse de la casa, porque el contador de Castilla no puede conservar una Corte propia. Fue un primer desencanto, el hombre que había vivido en la Corte tenía que dejar ese mundo que le encantaba. Pero lo que pareció ser un fracaso, un inmenso desencanto fue el comienzo de una nueva aventura. Allí perdió la seguridad y su mundo se hizo incierto... Y empezó a buscar y a caminar.

Este soñador pasa a servir al duque de Nájera que le encomienda una misión en Pamplona que estaba siendo atacada por los franceses. Él no era ni el jefe, ni el capitán, era el representante civil del duque que tiene que alentar con su palabra y con su ejemplo a los soldados que defienden la plaza. En el fragor del sitio de la ciudad, una bombardera le pasa, como él dice, por “entre ambas las piernas”, lo tira al suelo y lo hiere gravemente. Humanamente fue el fin de todo: sus sueños de caballería, sus galanterías

con mujeres, todo se derrumbó. Pero visto desde el otro lado de la historia, desde un hombre que vive para el cambio, es el comienzo de algo mejor.

Eso lo obliga a un largo período de inactividad forzada, a una larga convalecencia en Loyola que cambiará definitivamente su vida. Allí, tirado en su cama, el descubrirá sus batallas interiores, descubrirá que hay un mundo profundo, más apasionante que la corte, que es necesario conocer e interpretar y donde se juega la verdadera libertad.

Como un gesto simbólico de este cambio profundo, el salió de Loyola la tierra de sus orígenes y subió la montaña santa de Monserrat donde se venera todavía a la Virgen María. Él, que tenía el corazón y la cabeza llena de sueños de caballería dio vuelta los ritos tradicionales, hizo al revés el gesto con que se armaba a los caballeros. Pasó toda la noche rezando ante la virgen como los antiguos caballeros y al amanecer, en lugar de recibir las armas del rey, sacó su espada y la puso a los pies de la virgen, regaló su cabalgadura al convento y le entregó sus ropas de señor a un pobre para vestirse de humilde peregrino.

Sin embargo, antes de comenzar propiamente su corretear, Ignacio pasó casi un año de oración, de penitencia y reflexión en Manresa, un pequeño pueblito cerca de Barcelona. Allí Dios lo trató como un maestro de escuela trata a un niño enseñándole a discernir y adquirir una piedad sólida. Allí se afianzaron todas las intuiciones que están en el centro de la espiritualidad ignaciana. Sobre todo es necesario hacer notar luego de una vida ascética extrema, que ponía la generosidad en actos extremos, descubre que él podía hacer bien a las almas y que más valía la discreta caridad y las virtudes sólidas. Cuando tuvo capacidad de discernir, comenzó una impresionante experiencia de búsquedas, yendo por el mundo solo y a pie. Nadie sabía quien era ese peregrino cojo y bien educado, apasionado de Dios que recorría Europa buscando los caminos del Señor. Ese peregrinaje lo hizo recorrer miles de kilómetros de Tierra Santa a Inglaterra, pasando por Holanda y Francia y terminando en Roma.

En su deseo de imitar a Jesucristo parte a Tierra Santa para vivir y morir allí. El Superior de los Franciscanos con la autoridad del Papa le niega el permiso de permanecer y le obliga a regresar a Europa. Una vez más, todas sus claridades mentales se rompen, tiene que comenzar literalmente de nuevo. Lo que parecía el final y la derrota es la posibilidad de rehacer la vida. Entonces descubre el mundo intelectual, descubre que necesario prepararse para servir y da el paso definitivo que lo lleva del romanticismo a la realidad sin acabar su capacidad de soñar en cosas grandes. Entra a estudiar. Y tiene que pasar por un maestro de escuela, el maestro Arrebol, hasta graduarse en la más importante universidad de su tiempo, la universidad de París pasando por las de Alcalá y Salamanca. Hasta aquí él quería servir y ser santo... pero la universidad lo obliga a abrirse a los problemas y discusiones de su tiempo: la *devotio* moderna, las innovaciones de Erasmo y los humanistas, el inmenso desafío protestante, los peligros del iluminismo que hacen sospechoso ante la Inquisición. Para él la

búsqueda no fue fácil porque tuvo que padecer hasta la cárcel por su honradez intelectual y su celo apostólico.

Pero hay algo más en ese tiempo da un gran salto espiritual sale de su soledad, de andar solo y a pie y busca compañeros, genera un grupo de amigos en el Señor con los que va a fundar la Compañía. Desde ahí su servicio será con otros.

Por último, al final de un largo itinerario el grupo, lleno de carisma, llega a Roma y allí dan todos un gran paso en la madurez: descubren que su carisma, su entusiasmo necesita institucionalizarse si quieren que perdure en el tiempo. Se dan cuenta que no bastan los lazos de amistad ni siquiera los lazos de fe... hay que crear una institución. Ellos sentían una gran resistencia a crear obras y sobre todo a fundar una orden religiosa porque las órdenes antiguas estaban desprestigiadas y muy llenas de reglamentos.

Luego de una gran deliberación, de un discernimiento cuyas actas conservamos, deciden fundar la Compañía. Descubren en Roma que la misma Iglesia, que guarda el carisma de Jesús necesita ser institución. Es una ley de la Encarnación.

Y hoy día estamos en una Universidad es porque esos primeros jesuitas entendieron que el carisma necesita de una institución que lo prolongue en el tiempo y en el espacio. Esto es complicadísimo. Los jóvenes que entran a nuestros noviciados, quieren tener experiencias y les cargan las instituciones. Muchos no desearían verse amarrados por colegios o universidades. Aceptar la institución es también aceptar las limitaciones.

Hoy día somos críticos de los defectos de la Iglesia, muchos están conmovidos con los sacerdotes pedófilos. En ese tiempo, Ignacio nace y a los pocos días es elegido como Papa Alejandro VI, el Papa Borgia, padre de Lucrecia, César y Juan que pelean entre ellos no escatimando el veneno y los asesinatos. Una Iglesia tremenda que escandalizó a Lutero y a los reformados. San Ignacio, tal vez porque había sido muy débil, reconoce el misterio y no se escandaliza. Entiende que el carisma sólo puede realizarse a través de la Institución.

Tal vez descubrió por su propia experiencia el misterio porque un bisnieto del papa con el mismo ADN, con la misma sangre de los Borgia entra a la Compañía y es un Santo, San Francisco de Borgia. A todos se nos ofrece la posibilidad, aun a los Borgia, de ser Santos. Es pues en ese contexto de profundas mudanzas que yo he contado brevísimamente, en medio de estos quiebres, de esta especie de discontinuidad propia de un tiempo de cambio radical, que San Ignacio lee el Evangelio. En ese tiempo busca un camino y nos enseña a buscar ¿Cuáles son las claves?

Yo los invito a hacer una reflexión que nos permita desarrollar nueve claves de lectura.

1° La vida de Ignacio se explica por su capacidad de hacer experiencias profundas. De un modo especial su capacidad de llegar al fondo de sí en una experiencia fundacional. La continua referencia a una experiencia es la que de alguna manera me hace crecer en el conocimiento no libresco capaz de gustar, de convertirse en sabiduría. Hoy día tenemos conciencia de que la verdadera razón no es sólo racionalista. Touraine, en su trabajo sobre la modernidad, analiza como la cultura occidental que se construye sobre la libertad y la razón termina encerrándose en un racionalismo que se comió la libertad. Por eso surgió Nietzsche. Ignacio funda su pedagogía en la experiencia de lo más hondo del ser.

A nosotros que andamos corriendo, sumergidos en el consumo, esta experiencia de la profundidad del ser nos resulta particularmente interesante. Por algo hoy hay tanta gente que hace cursos de autoconocimiento, y se escriben muchos libros de desarrollo personal. ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? Hay hoy muchos intelectuales y científicos que conocen el mundo pero son incapaces de entrar en ellos mismos y conocer la fuente última de todos sus anhelos.

Me parece difícil hacer un proceso serio de educación en un mundo en cambio si profesores y alumnos no son capaces de experiencias en hondura, si viven sólo de lo superficial, de la moda o el éxito.

La experiencia en Loyola cambió el corazón y los ojos de Ignacio y le dio densidad a su vida. Le dio un “insight” una intuición honda que le permitió comprender al ser humano y su destino... le dio una antropología. Los grandes filósofos han comenzado su Filosofía con una especie de captación intuitiva de lo que es el ser humano. Descartes, cuando estaba sentado en la chimenea en el norte de Europa, se descubre de repente pensando (*Cogito ergo Sum*) en esa experiencia basa todo su sistema. Heidegger tiene esa terrible experiencia del ser y la finitud, sabe que va a morir, que es un ser para la muerte y tiene por eso como principio de su filosofía la angustia. Sartre percibe el yo y se da cuenta de que la nada es parte del yo y tiene esa terrible expresión de que el ser, la primera experiencia del ser humano es el asco, náusea.

¿En qué consistió esa experiencia fundacional de Ignacio?

La más profunda experiencia de Ignacio, al captar su ser, es que él se percibe como criatura, que él ha sido creado por Dios pero que ese Dios lo ama al llamarlo a la existencia, le ha dado todas las cosas y lo espera al final. Ahí hay toda una antropología. El ser humano no es Dios, pero es grandioso porque Dios lo convidó a la vida y lo está esperando al final. Esa experiencia profunda, esa capacidad de no vivir desde afuera, sino vivir desde dentro es un punto de partida de la espiritualidad y de la pedagogía ignaciana. Sólo eso permite tener experiencias marcadoras y reflexionar sobre ellas. Eso da una brújula interior que hace posible sortear las tempestades y todos los vacíos. Al mismo tiempo, al percibir Ignacio que él y todas las cosas que Dios le regala, las cosas sobre la faz de la tierra son buenas, alcanza una mirada positiva sobre el mundo. La

correcta pedagogía consistirá en enseñar a usar las cosas, más que a rechazar el mundo... a comprender que las cosas son medios y no fines. Cuando yo era Rector del Colegio le decía a los jóvenes: “cuando vayan a una fiesta bailen como el mejor, gocen como el que más”, porque la espiritualidad de San Ignacio no es cortar las cosas, sino ordenar la vida para que el ser humano sepa las cosas como medios y no como fines.

En Loyola, San Ignacio aprendió a trabajar su mundo interior. En esa experiencia adquirió tres intuiciones esenciales: el origen y finalidad de su ser y del mundo, la necesidad de ordenar la vida para vivir la libertad y la importancia de tener una misión. No sólo se encontró consigo mismo sino que se encontró cara a cara con Jesucristo y de ese encuentro, en el seguimiento del maestro el descubrió la verdadera misión de su vida, el gran principio ordenador de su existencia.

Cargado con esta rica experiencia él comenzó un largo camino de búsqueda para conocer qué le pedía Dios en concreto. Antes de caer herido en Pamplona, Ignacio dice que llevaba una vida “desgarrada y vana”. Después de la convalecencia de Loyola, San Ignacio le dio densidad a la propia vida. Aprendió en verdad a vivir de verdad. Neruda, en su ideario poético dice que se ríe y se sonríe de los viejos poetas que conocen los nombres de los puertos lejanos de memoria, pero “pasan por la vida repleta como el maíz de granos sin saber desgranarla”. Ignacio aprendió a desgranar su riqueza interior. Yo creo que un ignaciano, esté donde esté, vive la vida a fondo y goza de las cosas porque ellas son buenas.

2º La vida de Ignacio se explica porque entiende la fe ante todo como un encuentro y una lealtad, más que como una doctrina como una experiencia.

San Ignacio guardó siempre algo del alma medieval. En el medioevo se creaba una relación personal entre el señor y su vasallo y esa relación se fundaba en una profunda lealtad, en un respeto y amor sin límites. Ahí radica una clave que no se puede perder. Hay una clave, que para quienes trabajamos con el saber es importante recordar, San Ignacio no se encuentra con el Cristianismo como teoría, como un conjunto ordenado de conocimientos, como una teología, cómo código de costumbres o como un conjunto ordenado de valores morales. Porque el cristianismo no es una moral ni una teoría. Por eso es una clave fundamental entender que para Ignacio el cristianismo es más una cuestión de lealtad que de saber.

El Cristianismo no evangeliza moralizando sino que moraliza evangelizando. El encuentro radical y personal con el Dios vivo, con Jesucristo, y la conciencia que su vida tiene una Misión oscura que la tiene que buscar, pero que tiene que continuar la misión de Jesús. Y por eso yo creo que es importante, si Uds. están en Universidades ligadas con la Compañía, encontrar cuál es su Misión. Si Uds. miran personalmente su propia vida, esta es la nota: haberse encontrado con alguien que te pide como servicio y favor que siga su Misión. Y será una Misión que supone estar muy unido al que te manda e inmensamente unido a aquél a quién tú eres enviado. Si yo estoy enviado a mi ciudad, a mi país, tengo que entender mi país, entender mi cultura para hablarle a mi gente. Yo

hablo en nombre de otro pero le hablo y me dirijo a alguien de carne y hueso. Y aquí hay una idea muy fundamental, esta idea de Misión que es clave en el mundo que nos toca vivir.

Y a partir de esta idea de Misión hay tres notas que explican por qué San Ignacio fue capaz de procesar sus derrotas, procesar sus desafíos, primero el discernimiento. El tuvo 2 períodos largos de reflexión, uno en Loyola y otro en Manresa y ahí aprendió las claves.

3° La relación personal de lealtad, el deseo de cumplir una misión explica otra nota esencial del espíritu de Ignacio: El servicio.

La segunda clave la descubrió en Manresa. Él quería ser Santo y quería hacer lo que habían hecho los Santos. Era normal en ese tiempo poner la santidad en extravagancias, en cosas raras. Las vidas de los santos que tuvo a mano mostraban a hombres extraordinarios y a la vez muy raros como San Onofre que vivió setenta años haciendo las más terribles penitencias. San Ignacio decía: “si él lo hizo ¿por qué no lo puedo hacer yo?” Entonces, no comía, se cortaba la suela de los zapatos para hacer sacrificios, hasta que un día descubrió, y lo dice en su autobiografía, que él podía hacer bien a otra gente. El discernimiento le enseñó que la verdadera caridad (La discreta caridad, la caridad discernida) era más sencilla y simple. Consistía en entregarle su vida a los demás y a Dios. Amar es servir.

El servicio es una clave particularmente relevante en una sociedad y en una cultura como la nuestra centrada en el yo, en el ego y la competencia. Perdonen que ponga un ejemplo de mi patria. ¡Los publicistas son tan hábiles!. Ellos como nadie captan los rasgos de una cultura. Un día subí al metro de Santiago y en el mismo carro encontré 3 avisos que son símbolos de la cultura que hoy día atraviesa mi país y como estamos globalizados, es la misma de acá. En el primer aviso se anunciaba un desodorante marca Ego, después me di vuelta y se ofrecían helados de la Fábrica Nestlé, llamados Egocén-tricos. Un poco más había otro aviso que promocionaba un remedio para adelgazar que se llamaba Egolín. Ego, Ego, Ego. En Chile se nos ha ido olvidando conjugar el verbo en otras personas que no sea el yo, y esto es dramático en pedagogía.

Este es un rasgo de nuestra cultura que nuestra pedagogía debe enfrentar. Se desdibujó la figura del paternal, la figura del padre que nos inserta en una tradición, nos hace pertenecer a una sociedad que va mas allá de la estrecha relación afectiva con la madre. En nuestra Educación Primaria les enseñamos los Derechos del Niño y nadie les enseña deberes. Estamos en una situación de formar pequeños monstruos vueltos sobre sí mismos. Yo celebro Misa los domingos, en una Iglesia grande. Me llama la atención niños de 6, 7 años, salen corriendo, suben al altar, dan vuelta y nadie les dice: “no molestes a los demás”. Estamos formando reyezuelos incapaces de vivir para los demás que nunca sabrán vivir tratando de hacer felices a las otras personas. El hijo de Ignacio es un ser para los demás cuya clave de lectura es el servir. El Colegio donde yo fui Rector (le agradezco a Dios) tenía como divisa: “entramos para aprender, salimos para

servir”. Esto lo encuentro genial, y ojalá toda Institución nuestra sea entendida a San Ignacio porque eso le da sentido a la vida. A los jesuitas nos recuerda Ignacio que debemos ser “hombres crucificados al mundo y para los cuales el mundo esté crucificado”

4° Quien se siente profundamente amado y quiere servir no puede contentarse con poco. **La vida de Ignacio no se entiende sino porque está atravesada por el sentido de lo gratuito y la generosidad.**

Precisamente porque ha percibido su vida como un regalo se vuelve a Dios regalándole todo su haber y su poseer. Eso unido al sentido de lealtad y amistad lo lleva rechazar todo sentido de mediocridad en la entrega y el servicio. En la jerga ignaciana esto lo llamamos el *Magis*. Continuamente en sus escritos está la palabra “más” que imprime un dinamismo formidable a todo lo que se emprende. Si Ignacio caminó tantos caminos y buscó con tanto ahínco es porque que lo hacía avanzar. Es el secreto del *Magis*.

Si el *Magis* se entiende como una exigencia brutal del super yo, se convierte en un mecanismo arrollador, fuente de orgullo y de descontento.

Si Uds. leyeron la Carta a su Padre de Kafka, podrán comprender cómo él se sintió aplastado por su padre que le pedía siempre más. Si no obtenía la nota máxima su padre lo reprendía y si obtenía la mejor nota, su padre le decía: “apenas has hecho lo que deberías haber hecho siempre”. Conclusión para Kafka: el *Magis* era un mecanismo patológico, destructor. El “más” de San Ignacio es fruto de un amor apasionado, de haber sentido que a uno lo quieren y por eso quiere entregar lo mejor. El que puede dar cuatro que no dé tres.

No quiero ser orgulloso, pero cuando yo llegué al Colegio San Ignacio de Santiago, me encontré con un lenguaje mediocre. Yo decía que queríamos una formación integral y atrás de eso, era no exigir académicamente mucho. Un Colegio tiene que ser bueno deportivamente, académicamente, religiosamente. Como decían los latinos: “una cosa para que sea buena tiene que ser buena por todos los lados” (*Bonum ex integra causa*). Yo no puedo decir que sano o que estoy del todo bien porque tengo sólo gangrena en el dedo chico del pie. San Ignacio es absolutamente claro contra la mediocridad porque ama mucho.

El *Magis* está muy ligado a la capacidad de Soñar grandes cosas, que fue una de las características de San Ignacio y que a veces echo de menos entre nosotros.

Nosotros estamos convidados a ser un poco Quijotes, a soñar. Es interesante cómo Unamuno, en su vida del Quijote y Sancho compara al personaje de Cervantes, que fue nuestro ex alumno, con Ignacio. Yo les recomiendo leer en el Quijote la conversación del Quijote con el caballero del verde gabán. A propósito de la aventura de los leones. En ese episodio, el pobre Quijote hace el ridículo y el caballero del verde gabán le pregunta: “¿Por qué haces tantas locuras? Tú hablas cuerdo y haces leseras ¿por

qué?” y ahí le explica algo que es la esencia del ignaciano. Le explica el Quijote lo que significa ser un caballero andante: que sueña muy alto, no se descorazona con las cosas más difíciles, es leal y quiere servir. Yo creo que eso es algo muy grandioso, es algo tremendamente actual. Nosotros tenemos un tesoro formidable en esta espiritualidad y en esta pedagogía.

5° Movido por la lealtad y el deseo del *Magis* y del servicio hay un dinamismo que lleva a estar siempre en búsqueda, con un corazón inquieto. El discernimiento es un modo de buscar para servir mejor.

Quien discierne es un eterno y honrado buscador. Discernir es saber indagar y en el caso de Ignacio es saber buscar en medio de todos los cambios la voluntad de Dios. Él anduvo errante por Europa atravesado por una insaciable búsqueda. En un mundo en cambio: las cosas no están hechas sino que hay que buscar honestamente.

San Ignacio es un Maestro del discernimiento y ésta es una clave esencial de su pedagogía. ¿Cómo plantear bien las preguntas? ¿Cómo buscar? ¿Cómo limpiar el corazón y los ojos para que las pasiones y prejuicios no nos cieguen? Walt Whitman, ese poeta norteamericano, les dice a sus compatriotas en el S. XIX “Americano ven para que te limpie los ojos, acostúmbrate al resplandor de la luz”. Algo de eso tiene San Ignacio: una especie de limpiarse los ojos de muchas escamas, que el tiempo, las ideologías, la clase social, el sexo, han ido poniendo en nuestros ojos quitándonos la libertad e impidiéndonos avanzar.

San Ignacio fue avanzando bien porque ciertamente fue poniendo las preguntas apropiadas en cada época y fue atreviéndose a responder dichas preguntas.

La pedagogía de Ignacio es una pedagogía de búsqueda, de corazón inquieto particularmente interesante en una época en que las certezas se rompen. Marcela Serrano, una escritora chilena, en su libro *Antigua vida mía* tiene una frase que a mí me conmovió. Ella dice “nuestros profesores nos enseñaron tantas cosas y nos aprendimos de memoria todas las respuestas... Y ahora nos cambiaron las preguntas. Lo que sabíamos de memoria se volvió obsoleto” ¡Eso es tremendo! Estamos en una época que nos cambiaron las preguntas. El que tiene la clave de lo que viene es el que sabe preguntarse bien y honestamente la pregunta a Dios: ¿en este momento, qué quieres que yo haga aquí, ahora en esta circunstancia?

6° Para servir mejor hay que hacerse un buen instrumento en las manos de Dios. San Ignacio acuña una fórmula que está en las constituciones una y otra vez, como consecuencia de su idea de servicio, es la noción de instrumento. Él dice: “que debemos ser un instrumento en las manos de Dios”.

Lo propio de un instrumento es tener dos cualidades: ser apropiado para aquello que se quiere usar y estar unido al que lo usa. Por ejemplo, un cincel es un instrumento que usa el escultor. Para ser buen instrumento tiene que tener un filo adecuado para ir

modelando el mármol y tiene que tener la posibilidad de que el artista lo pueda coger, lo pueda tomar para que pueda transmitir su idea a través del cincel. El cincel es esencial para hacer la estatua, sin él el artista no podría trabajar. Sin nosotros Dios no puede hacer su obra. Los que estudiaron las teorías de la causa instrumental recuerdan que un buen instrumento debe tener una virtualidad propia, el filo, y estar unido al agente principal, la mano del artista y su cerebro. Son las dos notas importantes.

San Ignacio dice que tenemos que ser instrumentos. Yo tengo que prepararme, tener filo, debo matarme estudiando para ser un instrumento más apto, y estar unido a Dios para que la idea de Dios pase por mí. Yo debo ser inmensamente humilde porque el autor es Dios y ser orgulloso porque la obra del señor depende, en cierto modo de mí. Las dos notas, el instrumento tiene su filo, pero que Dios lo pueda agarrar, o sea ¿cómo formo a un muchacho en la Universidad, para que sea un profesional de primera y que Dios a través de él pueda dejar su huella en la sociedad? Esta es una noción clave de San Ignacio porque nos hace a la vez humildes y responsables. Si hoy viviera san Ignacio qué instrumentos querría poner en las manos de Dios: ciertamente gente bien preparada para hacer justicia, gente preparada para los medios de comunicación, gente que entendiera la globalización y sus consecuencias, etc.

7° La evolución de Ignacio no se entiende si no se comprende que él fue capaz no sólo de vivir la experiencia sino de reflexionarla, corregirla, profundizarla.

El mero tener experiencias poco enseña. Porque en la esencia de la experiencia ignaciana, lo que permitió que él avanzara fue esta noción del proceso reflexionado, examinado y evaluando. El examen es el hábito de evaluar. Evaluar para que se corrijan las cosas malas, pero no sólo eso. Yo creo que el examen de conciencia de San Ignacio, fundamentalmente es para darle sabor a la vida. A uno la vida se le va yendo de los dedos. Cuando yo era niño entre un cumpleaños y otro pasaban 7 años, hoy día no alcanza a 7 días. La vida va rápida, se me va yendo, y en la noche me acuesto y a veces no me acuerdo con quién he hablado y a quién he visto. El examen de conciencia nos enseña a recoger la vida para saborearla a fondo. Nos enseña a convertir una experiencia puntual en parte de un proceso general de crecimiento.

Todo conocimiento y toda pedagogía es un proceso que se prepara, se reflexiona, se corrige y que hay repeticiones. Por eso, en Pedagogía antigua está la prelección, la lección y la repetición para ir ahondando en el proceso, que no se detiene, y algo muy importante, no se encasilla. Cuando uno fracasa no puede bajarse del tren. Una profecía autocumplida y fatal. Uno puede encasillar a los alumnos ¿por qué no darles una oportunidad más? Tercer elemento clave, me parece a mí, de la pedagogía de San Ignacio, que no tuvo casi maestros y Dios lo fue formando.

8° Ignacio aprendió en su peregrinar que él debía irse liberando de prejuicios y atadu-ras para poder avanzar, que él debía ser sujeto de su propio crecimiento. Él aprendió que lo central de la Educación es formar un sujeto libre.

Por eso le dirá al director de ejercicios que no arrebató la iniciativa al ejercitante.

De ahí saldrá una pedagogía activa donde uno es actor de su propia educación. Esto es esencia en un mundo como el nuestro que por una parte está en cambio, pero que por otra parte quiere hacer de nosotros meros consumidores. Antiguamente la ropa se hacía a medida: uno tenía sastre o costurera, hoy en día todo está hecho y la sensación entre los jóvenes es que no hay nada que hacer.

Por eso el desencanto, una especie de pulsión a dimitir de la función de ser sujeto de la historia. La no participación política, porque ¿qué voy a hacer yo si todo está hecho? Otros deciden, deciden fuera de mi país. En tiempos de globalización lo propio de la experiencia ignaciana es formar sujetos responsables, actores y responsables de su sociedad.

Para formar una persona libre, San Ignacio dedica la primera parte de los ejercicios a quitar las trabas, quitar las alienaciones, las ideologías que uno tiene. Nosotros tenemos mil cosas metidas como naturales, que no son naturales. Uno tiene ideologías de clases sociales. En Chile hay dos países, la clase alta y clase baja, y mucha gente, que se dice cristiana, desde chiquitos tienen metida en la cabeza aberraciones sobre los pobres.

San Ignacio sí quiere formar gente libre, quiere que nos hagamos concientes de todo aquello que nos impide caminar, que nos impide ser libres. La primera semana de los ejercicios es muy importante.

9º Finalmente deseo señalar algo de particular importancia para el mundo de hoy y que es esencial en la pedagogía y el caminar ignaciano: la claridad de fines y de me-dios.

En *Principio y Fundamento* San Ignacio tiene una clara percepción de los medios y los fines. Vivimos en una sociedad que nos ha llenado de medios y nos quitó los fines, haciéndonos prisioneros. Si uno va a un terminal de buses y no sabe a dónde va, queda en la desesperación de no saber qué bus tomar. Nos ha pasado algo así, una sociedad que nos arrebató los fines y nos dejó llenos de medios y entonces en la desesperación convertimos los medios en los fines. A un muchacho le hacemos creer que ser profesional es un fin y juega su vida por eso. Eso es un medio, entonces la sociedad llega a aberraciones. Tal vez esta es la crisis más seria de la cultura porque termina arrebatándonos el sentido de todo lo que hacemos y de lo que somos.

Yo compré el libro del Guinness y me impactó mucho. Lo compré porque es un símbolo de la estupidez del S. XX y XXI. Ahí yo les recomiendo ver el que más me impactó, que es un muchacho y una muchacha que quisieron aparecer en el Guinness, dándose el beso más largo de la historia. Un beso es un medio para expresar cariño. Si yo lo convierto en un fin, se convierte en una crueldad. La primera media hora de un beso entre un muchacho y una chica que se quieren es una belleza, romántica. A las 16

horas uno mira desesperado el reloj y a las 72 horas el beso se convirtió en algo atroz. Un medio convertido en fin es una cárcel y estamos llenos de cárceles. En la espiritualidad de San Ignacio se nos enseña a clarificar nuestros fines y a elegir los medios adecuados: eso a uno lo hace Señor de la historia y además, eso genera esperanza.

Dirigir una Institución es poner esperanza más que enseñar cosas concretas, es ser capaz de influir para proponer metas que valgan la pena y en eso San Ignacio era genial. Era un hombre encarnado, su encarnación era buscar los medios concretos. Grande en el soñar y concreto en el actuar. Una difícil unión entre la utopía y la política. Sueño lo más grande que se pueda y que puedo hacer aquí y ahora y para ver mañana qué puedo hacer, qué pasitos cortos voy dando para avanzar al fin.

Creo que la pedagogía que he descrito en nueve puntos encierra una tremenda sabiduría y es de una enorme relevancia en el mundo globalizado y cambiante en que nos ha tocado vivir. Con ella uno puede soñar en hacer grandes cosas por Dios y por nuestros países. Tratando de formar personas capaces de “en todo amar y servir”.

Yo hoy soy rector de una nueva universidad y me encuentro con el inmenso desafío de darle una identidad y una misión, darle un alma que la anime... por eso hoy me vuelvo nuevamente a Ignacio que aprendió de sus fracasos y sus éxitos. En él quiero inspirarme.

Casi siempre cuando hablo por primera vez uso un verso que a mí me conmueve y me encanta porque está escrito por un vasco que admiraba a San Ignacio. Él dejó una poesía que es tremendamente ignaciana y que la encontraron en su mesa de trabajo cuando murió. Es una oración a Dios y le dice:

Agranda la puerta, Padre,
porque no puedo pasar.
La hiciste para los niños,
yo he crecido a mi pesar
y si no agrandas la puerta
achícame por piedad.
Vuélveme a la edad aquella
en que vivir es soñar.

Ser ignaciano es soñar y ser inmensamente humilde para servir. Muchas gracias.